

El 20 de julio ha sido siempre una fecha de reflexión y de fiesta. La concentración en lo uno o en lo otro depende del patriotismo y a veces del origen de cada isleño, de su apego o rechazo al país o su opinión en relación a la labor del gobierno nacional en solucionar nuestros problemas o con respecto a políticas que afectan a las islas y a los isleños.

La pandemia ha exacerbado esos problemas y es por eso que la respuesta nacional a los efectos de la misma pone a prueba el patriotismo de todos los isleños. Un patriotismo ya herido desde hace años por acciones de soberanía que han dejado feas cicatrices en los entornos naturales y humanos-culturales de las islas.

Sin embargo, al igual que el fallo de La Haya de 2012, nos presenta una oportunidad para muchas cosas pero sólo si exigimos que se tomen más acciones a favor las islas. Vale la pena aprovechar esa oportunidad y para ello debemos convertimos en actores sociales y políticos más activos y exigentes.

Pero debemos exigirnos también a nosotros mismos y a los nuestros, porque muchos problemas son hechos en casa, en especial por los altísimos niveles de ineficiencia gubernamental que niegan a todos un mejor futuro e impiden un mayor desarrollo socioeconómico.

La cuestión raizal nos enseña una forma de proceder, aunque está en un período de introspección y esperemos que retome el impulso que tuvo después de 2012.

A la relativa debilidad de sus argumentos y estrategias para mejorar el tema raizal se sumó el desaprovechamiento del enorme poder coyuntural adquirido tras el debilitamiento del poder

nacional en las islas después del desastroso fallo de La Haya, un debilitamiento no visto desde los años setentas cuando el movimiento separatista de Marcos Archbold estaba en su apogeo con amplio respaldo popular.

Aunque rápidamente el país reaccionó para recuperar terreno perdido y asegurar su dominio, con lo que Sally Taylor llama una 'política hegemónica' y de soborno o seducción con el Plan Archipiélago, facilitado irónicamente por los mismos isleños, lo cual demuestra el importante papel que todos podemos jugar. El Plan ha fracasado porque no ha entregado solución a un sólo problema crónico.

Lealtad a un precio

En las islas el 20 de Julio y la soberanía nacional siempre han ido juntos por la utilización de la fiesta patria como mecanismo de confirmación del poder hegemónico nacional y para acercar más a los isleños raizales al país. Sin embargo, los fracasos de total integración y la integración forzada confirman que en últimas la aceptación de lo colombiano depende de la labor del gobierno central en soluciones a problemas de las islas y al trato a su población étnica histórica.

La soberanía legal de Colombia sobre las islas es incuestionable, pero el país aún al día de hoy no ha convencido a todos los isleños de ser colombianos. El 23 de junio de 1822 Colombia tomó posición de unas islas que eran suyas por haberlas heredado del imperio español. Una confirmación legal de esa soberanía se dio con el Tratado Esguerra-Bárcenas de soberanía con Nicaragua de 1928, algo también confirmado en 2007 por la CIJ en La Haya.

Sin embargo, desde que en 1912 el país comenzó con sus intentos de incorporarlas más al contexto nacional, ha enfrentado resistencia raizal por los daños socioculturales causados y por el desplazamiento socioeconómico de la población histórica causadas por esas políticas que favorecían el cambio del perfil poblacional de las islas con un aumento de la población, en efecto el mayor incentivo a la sobrepoblación que hoy día tiene a San Andrés en cuidados incentivos en lo social y ambiental.

La lealtad de los raizales a Colombia se resquebrajó por eso. Antes era sólida. Desde la incorporación de las islas a Colombia en 1822 hasta 1912 el sentido de pertenencia al país no

era patriótico pero era muy seguro; nuestros antepasados respetaron al país y aseguraron a las islas para ella cuando pudo haberlas perdido en dos ocasiones en hechos históricos que otorgaron a la población raizal la oportunidad de escoger.

Por la debilidad institucional e incapacidad colombiana de mover un dedo para recuperarlas en caso de invasión o toma por otro país, las islas fácilmente pudieron haber salido de la órbita colombiana con la separación de Panamá o con la toma por Nicaragua de las Corn Islands, auspiciada por los Estados Unidos, dos islas que eran nuestras y donde viven aún hoy día una población raizal, con el mismo origen de muchas familias nuestras.

Lo destacable es que en esos 90 años, entre 1822 y 1912, lo raizal se consolidó como pueblo y se afianzó en las islas sin interferencia o referencia a algo nacional. Fue nuestro siglo dorado. Pero precisamente por la solidez, particularidad e identidad propia del pueblo étnico que se formó en esos años, fue que Colombia optó por integrarlo a la fuerza al país, no del todo con éxito, porque no cuadraba con su idea unitaria de identidad nacional.

Se impulsó una integración forzada que tuvo respaldo, hay que decirlo, en la élite local raizal de entonces como mecanismo de desarrollo económico. La cuestión étnica se puso a un segundo plano porque se pensó que la integración traería un desarrollo socioeconómico. Así las cosas, Colombia forzó a algunos miembros de la comunidad raizal a no desarrollar un sentimiento nacionalista y patriótico, pero a otros a sentirse colombianos.

Soberanía con un propósito isleño

Podemos utilizar todos, raizales y no raizales, la cuestión de soberanía para apalancar las acciones encaminadas a lograr nuestros deseos de mejorar a las islas. La cuestión de soberanía la ha manejado la comunidad raizal a su favor en relación a sus ‘conflictos’ con el país, aunque tuvo poco éxito con lo del Estatuto. Sin embargo, de allí se puede aprender mucho.

Este año las fiestas patrias serán más de reflexión para la mayoría de isleños que observan lo poco que el gobierno nacional ha hecho por aliviar el sufrimiento de una isla que depende en su gran mayoría de trabajos en el sector hotelero y comercial y por eso está totalmente paralizado desde marzo.

En otros lados del país las actividades económicas nunca han cesado, solo han disminuido, pero en las islas hay muy poca actividad económica y esto está causando mucho sufrimiento y verdaderos estragos socioeconómicos, hecho más difícil por la deficiencia estatal en ofrecer ayuda alimentaria.

El primer paso para justificar el mayor patriotismo de los isleños, reflejado en el exagerado nacionalismo del tradicional desfile del 20 de julio, es ayudar a reactivar la economía pero con un turismo sostenible y no depredador y atender el llamado de la comunidad raizal a poder sobrevivir como etnia, así como solucionando problemas comunes de todos que datan de años.

Colombia debería finalmente demostrar con soluciones y no más con promesas porqué tanto desea a las islas y porqué valió la pena que ellas entraran a ser colombianos hace 198 años. No dudo que desea hacer algún tipo de reparación por sus accidentadas acciones en las islas pero, claramente como confirmó el Estatuto, no a cualquier precio y no hemos podido los raizales proporcionar una fórmula que aceptaría sin resquebrajar su soberanía y sin afectar derechos de unos 50.000 isleños colombianos no raizales.

El país le debe mucho a las islas y a los isleños por las terribles cosas que ha hecho o dejado de hacer, y por las abominables políticas contra la población étnica raizal que muchos llamarían limpieza étnica.

El 20 de julio, y en especial este, nos pone en cara y de manera cruda las deficiencias del estado colombiano en las islas. El sentimiento de abandono y desinterés por lo étnico que se sintió en 1912 volvió de nuevo con la pandemia. Por eso es imperativo no dar marcha atrás en la búsqueda por mejorar las islas y la cuestión étnica. Abandonar dichas búsquedas sería más desastroso para todos los isleños y las islas que los daños causados.

Este artículo obedece a la opinión del columnista. EL ISLEÑO no responde por los puntos de vista que allí se expresen.